

MS 385
691/1264
C 1

Martes 19 de Setiembre de 1916.

ANTANO Y OGAÑO.

Por primera vez, después de un largo período de fiestas patrias desprovistas de carácter tradicional, hemos vuelto a ver, en algunos barrios de Santiago un "dieciocho" netamente popular, con carreras de caballo a lã chilena, topeaduras, baile del minero, chanco encebado, carreras de gatos y de burros, gallo descabezado, etc.

Ha sido una feliz innovación. Los eternos jeremías, que lloran año tras año la desaparición de una pintoresca y ancestral costumbre, no tendrían ya de que quejarse; y hasta quizás los últimos festejos les sirvan para ver que esos tradicionales jolgorios, lejos de estar olvidados, se habían incorporado a la vida nacional, formaban parte de nuestros hábitos, no tenían, en una palabra, más novedad que el sitio en que, ayer, se efectuaban.

Las topeaduras, los títeres, las carreras "con maula", se realizan, a cada paso a nuestra vista. Que se produzcan en la antesala de un Ministro, en el Congreso Nacional, en los Tribunales de Justicia, o en una plaza apartada del centro, no hace al caso. No por disputarse un puesto público en vez de un "potrillo de chicha", las topeaduras dejan de ser menos ardientes; y nada pierde el espectáculo teatral ~~porque~~ porque uno de los personajes se llame don Manuel o don Arturo en lugar de don Cristóbal, y se hable de política en vez de José Arnero, que, para el caso, viene a ser lo mismo.

Es preciso haber asistido a los festejos populares para apreciar toda su semejanza con los que celebran a diario, para su propio entretenimiento y solaz algunos de nuestros políticos.

Se abre el programa con una carrera de ensacados. Los contendores, llenos de energía y buenas ~~intenciones~~ intenciones, se debaten inutilmente por llegar a la meta. En vano ~~apelan a la astucia~~ apelan a la astucia, al esfuerzo, a la calma, por librarse de la red que los aprisiona. Están muy bien atados, se han tomado todas las precauciones para que no puedan hacer nada útil, para que pierdan su actividad, su inteligencia y su tiempo en estériles equilibrios. Aquello parece un gabinete de administración.

La ilusión se completa al mirar los que pretenden subir al palo encebado. Diríase que en su término se divisa una cartera de Ministro. Los mismos que hace un momento ensacaron a los del número anterior, se esfuerzan por lograr el premio y pugnan por subir al elevado poste, resbalando a cada instante, dificultando el paso al compañero, y emporcándose que es una compasión.

El público está cansado de mirarlos en su estéril y repugnante tarea. Por fortuna ha comenzado un nuevo número: "el gallo descabezado". Dos señores, cubiertos los ojos por tupida venda, descargan palos de ciegos con una energía digna de mejor causa. Uno es gordo y se parece a don Carlos Alberto Ruiz. El otro, pálido y delgado, deja caer sus garrotas con una gravedad que nos hace recordar a don Tomás Ramírez Frias.

Miramos involuntariamente al gallo, para ver si es la Unión Católica, algún convento de monjas y otra institución por el estilo. Nada; el ave, enterrada hasta el cuello, mira con aire, entre burlón y compasivo, a sus presuntos verdugos.

Salimos de la cancha fatigados. Ha comenzado a oscurecer. Un volador de luces corta la atmósfera tranquila. Debe ser algún discurso doctrinario.

Es de noche y todavía se oyen a lo lejos los gritos con que los jinetes retrasados de la carrera de burros pretenden hacer marchar sus empacadas cabalgaduras.

-¡No los van a hacer salir nunca!

-Saldrán - interrumpe un regidor alto y formido; -es cuestión de paciencia y de energía.

J.P.